

El imperio del hombre-masa en la sociedad del siglo XX según Ortega y Gasset. El caso argentino

Mora Perpere Viñuales
Universidad de Salamanca
mperpere@usal.es

Introducción

En su crítica a las sociedades modernas, Ortega y Gasset¹ manifestaba una particular preocupación por la irrupción de las masas en la vida pública, que había sido facilitada por las grandes transformaciones sociales sufridas durante esta época. Esta irrupción del hombre masa en el escenario social no era para él un fenómeno privativo de los pueblos *viejos*, sino que se trataba de un fenómeno que demostraba cómo todas las sociedades modernas parecían conducirse en la misma dirección. En ese sentido, aun con su temprana edad, Argentina también se presentaba ante sus ojos como una sociedad donde dominaba el hombre masa (en este caso, representado por los inmigrantes que en gran número habían llegado al país hacia principios del siglo XX). Las minorías que hasta hacía poco tiempo habían conducido a la sociedad aun en

1 Se han realizado diversas ediciones de las Obras Completas de Ortega y Gasset. En el presente trabajo, las obras se citarán por la edición de la Fundación Ortega y Gasset/Taurus (2004-2010), Madrid, 10 vols., indicando el tomo en números romanos y en arábigos la(s) página(s).

formación no podían ahora hacer frente al avasallamiento de estas multitudes ignorantes que parecían gobernarlo todo.

Ortega realiza entonces un llamado a los argentinos, una incitación a buscar la autenticidad como único modo de crecer como nación. Para lograr esto, lo que a su juicio la Argentina necesitaba era una reforma moral que permitiera que los mismos argentinos se hicieran cargo de su circunstancia como nación: la circunstancia de ser un pueblo joven colmado de posibilidades por delante, pero que requería de gran esfuerzo para poder alcanzar cualquiera de ellas.

En la presente comunicación me propongo, en primer lugar, hacer un repaso de algunos de los principales elementos que se destacan en la crítica orteguiana a la sociedad de masas, para así, en la segunda parte, poder ver la aplicación de estas ideas en su análisis de la sociedad argentina, tema al que dedicó gran atención durante sus viajes a este país y que despertara no pocas polémicas con sus intelectuales.

El problema de las masas en el siglo XX

El problema de la autenticidad, tanto a nivel individual como social, se encuentra presente en la obra de Ortega desde sus primeros escritos². Él insiste constantemente en la necesidad de que el individuo se mantenga fiel a lo que verdaderamente es, de que se haga cargo de su vida individual y tome las decisiones necesarias para no traicionar su destino. Pero el

2 Un repaso de este tema se puede encontrar, entre otras obras, en *Meditaciones del Quijote* (OC I: 747), *Personas, obras, cosas* (OC II: 9), *España Invertebrada* (OC III: 423), *El tema de nuestro tiempo* (OC III: 559), *La rebelión de las masas* (OC IV: 349), *Misión de la Universidad* (OC IV: 531), *Goethe desde dentro* (OC V: 109), *Ensimismamiento y alteración* (OC V: 527), *En torno a Galileo* (OC VI: 371), *El hombre y la gente* [Curso de 1939-1940] (OC IX: 281).

problema de la autenticidad no se remite a lo estrictamente individual sino que también abarca la vida colectiva. Es decir, las sociedades también tienen el deber de llevar una existencia auténtica, haciéndose cargo de las tareas propias de su generación.

Cuando Ortega se refiere a este programa generacional, deja en claro que una generación es mucho más que un grupo de hombres que conviven en una determinada época. Se trata, en cambio, «un nuevo cuerpo social íntegro, con su minoría selecta y su muchedumbre, que ha sido lanzado sobre el ámbito de la existencia con una trayectoria vital determinada» (1923: 563). Las generaciones nacen así unas de otras y cada una debe desarrollar sus gérmenes interiores, teniendo en cuenta sus propias características y circunstancias.

En este programa, la presencia de una minoría selecta es fundamental. Es esta minoría la que debe guiar a su generación a conocer y cumplir su vocación propia, su misión histórica. Cuando tanto las generaciones como los individuos dejan de lado esa vocación, se ven presos en ideas e instituciones que carecen de afinidad con su temperamento. Reciben estas creaciones culturales de la generación anterior de manera automática y acrítica, sin reparar en que muchas veces éstas no les permiten llevar adelante una vida auténtica y acorde a su circunstancia. Esto es lo que sucede cuando la minoría selecta ha dejado de lado su misión y es en cambio el hombre-masa quien gobierna la sociedad.

Cuando en 1930 Ortega publica *La rebelión de las masas*, lo hace con la certeza de estar viviendo una época con estas características. La generación del siglo XX, principalmente la de la década de 1930, no reconoce a los autores de las formas culturales heredadas y las recibe como verdades absolutas, como si existieran desde siempre. El hombre-masa –que go-

bierna todo— tiene la psicología del niño mimado, principalmente por la ingratitud con la que se enfrenta a todo aquello que ha hecho posible la facilidad de su existencia. Si se ha permitido la expansión de sus deseos vitales, su ingreso desmedido al escenario social, su acceso a las facilidades que le aportan el desarrollo de la técnica y la tecnología, en suma, si ha llegado hasta donde está en este momento es porque ha habido un pasado extenso y unas generaciones colmadas de inspiraciones y esfuerzos que han colaborado para que esto sucediera. Precisamente, esto es lo que el hombre-masa no reconoce. Ha recibido tantas facilidades que llega a creer que sólo él existe y se acostumbra a no contar con los demás y a no considerar que pueda existir alguien superior a él. Esto lleva, no sólo a que las masas no reconozcan que esta organización social tiene un inicio que supuso esfuerzo para su creación y manutención, sino, sobre todo, a que no reconozcan que pueden tener un fin si no se las sostiene con el mismo esfuerzo y la misma cautela con que se les dio lugar.

La falta de conciencia histórica es signo de una época en donde impera la vulgaridad del hombre-masa. Se vive siempre al día, sin un proyecto de vida o programa. La sociedad no se conduce hacia ningún lado, sino que se encuentra siempre a la deriva. El llamado de Ortega es entonces a la autenticidad de la sociedad. Y esto significa que las masas y muchedumbres reconozcan y se dejen conducir por aquella minoría selecta autoexigente, que con esfuerzo personal busca acumular sobre sí misma tareas, dificultades y deberes.

La sociedad de masas en una Argentina en construcción

Ortega realiza su segundo viaje a la Argentina en 1928, invitado por la Sociedad de Amigos de Arte³, con el concurso de la Institución Cultural Española en Buenos Aires⁴ y el respaldo de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. En esta oportunidad, realiza un llamado de atención a la sociedad utilizando esta misma clave de interpretación en su análisis de la sociedad argentina. Tal como había sostenido en *España Invertebrada*, y esta vez ante un auditorio que se sorprendía ante sus palabras, Ortega sostenía firmemente que la sociedad, si efectivamente quería hacer realidad ese futuro promisorio con el que contaba, debía ser aristocrática. Pero con esto no se refería a antiguas herencias coloniales, y mucho menos a una división de la sociedad en términos económicos. Este llamado no hacía más que insistir en lo que Ortega ya venía proclamando desde años anteriores, y que seguiría haciendo luego, principalmente, como hemos visto, en *La rebelión de las masas*. Lo que se requería era un tipo de hombre, aquel hombre que se exigía a sí mismo excelencia y estaba listo para la conducción. Se necesitaba de hombres que tuvieran un alto conocimiento de las áreas esenciales de la vida de la nación, como el ámbito jurídico

3 La Asociación Amigos del Arte fue una sociedad que se creó por iniciativa de los representantes de las elites culturales argentinas, con el objetivo de «fomentar la obra de los artistas y facilitar su difusión, a la vez que propender por todos los medios a su alcance al bienestar material de los artistas argentinos», tal como se expresa en el primer artículo de estatuto de la Asamblea Constitutiva, firmado el 15 de junio de 1924. La Sociedad desarrolló sus actividades durante casi dos décadas, desde 1924 a 1942.

4 Institución fundada en junio de 1912 para honrar la memoria del ilustre Marcelino Menéndez Pelayo. Esta Institución creó cátedras en la Argentina, la primera de las cuales estuvo a cargo del español Ramón Menéndez Pidal. Con el tiempo, la Institución se convirtió en centro de la polémica acerca de la herencia española en América.

y social, para conducir a la Argentina a consolidarse como nación. Estas mismas áreas en manos del hombre masa parecían poner en peligro la democracia (Ver Campomar, 2009).

Tras sus conferencias en Amigos del Arte, Ortega emprende un viaje hacia Chile, viaje que lo lleva a atravesar en tren la Pampa argentina. En este viaje, advierte cómo ese paisaje despoblado refleja el perfil de la vida criolla. La monotonía de esta llanura, que no cuenta con un primer término en el cual el espectador pueda centrar su mirada, invita a que el argentino viva con los ojos puestos en el horizonte. Es allí donde se carga de embriaguez y abundancia, y desde esa existencia ilusoria gobierna su vida actual. Olvida así el argentino su miseria real. La pampa se mira comenzando por su fin, por su órgano de promesas. Porque «acaso lo esencial de la vida argentina es eso: ser promesa. [...] El que llega a esta costa ve ante todo lo de después» (1929a: 731).

El argentino nunca siente estar donde realmente está, sino siempre por delante de sí mismo. Y es desde ese futuro aún no cumplido, desde la pura promesa, que lleva adelante su vida presente. Cuando ese futuro promisorio no se cumple, cuando se advierte que esa creída abundancia es en realidad una mísera y vacía realidad, el argentino queda sumido en la melancolía. Y este fracaso no se debe a la incapacidad para llevar adelante un proyecto, sino al hecho de que no ha vivido, no ha atendido a su propia circunstancia ni se ha esforzado por alcanzar esa promesa que desde siempre creyó cumplida. En palabras de Ortega, el argentino «siente dolor en miembros que le faltan y que, sin embargo, no ha tenido nunca» (1929a: 732).

Tal como le sucede a la mirada del espectador en el paisaje pampeano, también el Estado argentino va siempre por

delante de la realidad social. Ortega menciona que en su primer encuentro con la Argentina, en 1916, esperaba hallar un Estado blando, indeterminado y poco consolidado debido a sus pocos años de historia. Pero sorprendentemente encuentra un Estado sólido, fuerte y autoritario. Este Estado no reflejaba la sociedad; por el contrario, estaba separado por completo de ella y se le volvía en contra. La estructura estatal argentina subsistía casi como una ficción. Había un claro desequilibrio entre el grado de madurez que había alcanzado el Estado por un lado, y la realidad social por otro. Los pocos años de historia de la nación no permitían que el Estado argentino fuera efectivamente la concreción de viejos proyectos, planes, hazañas. Se trataba más bien del reflejo de un proyecto; de una idea o voluntad.

Esta negativa a asumir la propia circunstancia permitía que las masas invadieran el plano social, que ocuparan incluso puestos estatales y de gobierno que hasta hacía poco tiempo habían estado reservados a las minorías selectas. Ortega llama la atención sobre el fenómeno de la inmigración en Argentina. En los últimos años, miles de inmigrantes habían llegado al país sin otro objetivo que el bienestar individual. El afán de riqueza y ascenso social eran algo inherente a estos hombres. Extranjeros que ya no eran ni italianos, ni españoles, ni sirios, sino seres abstractos que habían «reducido su personalidad a la exclusiva mira de hacer fortuna» (1929b: 743).

Este hombre llegaba a una Argentina que no miraba al pasado. Con la mirada puesta siempre en el porvenir, el país se exigía un futuro soberbio que reflejaba la alta idea que éste tenía de sí mismo. Esto había provocado que en muy poco tiempo, como si fuera un proyecto para concretar con urgencia, se hubieran creado cátedras y oficios públicos en forma desmedida. El problema era que esos cargos debían cubrirse,

y esto favorecía el ingreso de masas que no estaban preparadas para ocupar aquel puesto o rango. No es que a estos hombres les faltara capacidad, sino que no se adscribían a su tarea, no la tomaban como su destino vital. Su tarea nunca era definitiva sino siempre transitoria, con el objetivo de lograr aquello para lo que sí ponía empeño: acumular fortuna y ascender en la jerarquía social.

En una sociedad que crece a una velocidad mayor a la que puede asumir, las cátedras y puestos públicos ya no exigían las competencias necesarias para cubrir esos cargos. No se trataba ya de puestos reservados a minorías exigentes y adscriptas a su vocación, sino asequibles al hombre masa que no buscaba la excelencia ni distinguirse de los demás. De esta manera, el hombre que ocupaba estos cargos sabía que se hallaba siempre en peligro de que otro pudiera arrebatárselo. No sentía su conciencia tranquila respecto a la formación y preparación con que contaba para ocupar aquel rango. Por esta razón, en lugar de vivir su cargo y de realizar su trabajo de la mejor manera posible, lo actuaba. Y mientras intentaba convencer a los demás de su puesto y de lo merecedor que era de éste, se convencía también a sí mismo. Su empeño en subrayar y defender su papel público se daba «porque es un papel, precisamente porque el hombre no es auténticamente lo que pretende ser» (1929b: 745). Este hombre vivía centrado en lo visible. En lugar de vivir su posición social real, mostraba esa posición como si fuera un monumento; y por vivir del puro gesto, de lo externo, la vida se le escapaba de las manos. Vivía centrado en un futuro al que de hecho podía llegar si intentaba llevar adelante su proyecto, pero que de ninguna manera concretaría si pensaba ya haberlo alcanzado.

En este hombre había entonces un divorcio, y era allí donde radicaba su carácter de *hombre a la defensiva* para Ortega.

De un lado, nos encontrábamos con su *yo* interno –auténtico y real–, y del otro con su *yo* externo –la pura apariencia–. El primero no aparecía nunca, el segundo aparecía sobremanera.

Nuestro interlocutor adopta una actitud que, traducida en palabras significaría aproximadamente esto: «Aquí lo importante no es eso, sino que se haga usted bien cargo de que yo soy nada menos que el redactor jefe del importante periódico X; o bien: Fíjese usted que yo soy profesor en la Facultad Z; o bien: ¡Tenga usted cuidado! Está usted ignorando u olvidando que yo soy una de las primeras figuras de la juventud dorada que triunfa sobre la sociedad elegante porteña. Tengo fama de ingenioso y no estoy dispuesto a que usted lo desconozca» (1929b: 742).

Ésta era la situación del argentino entonces para Ortega. Y si bien sus palabras eran sumamente críticas, terminaba este segundo ensayo con una concesión. Manifestaba que el argentino, inmerso en la vanidad que lo caracterizaba, no era sin embargo un hombre egoísta. El egoísta es un hombre sin ideales, y el argentino era en cambio un idealista, vivía exclusivamente en función de un ideal. El problema era que tomaba ese ideal como realidad. Lo que faltaba entonces era alguien que encaminara esa idea de grandeza, que la convirtiera en una verdadera proyección, y que no permitiera que nadie se quedara en el simple gesto que impedía la espontaneidad y paralizaba al individuo en la imagen vacía. Era necesaria una minoría selecta, como diría en *La rebelión de las masas*, que condujera a los argentinos a la acción, a no quedarse en la representación de un papel social, sino a tomar su proyecto como su destino vital y a ponerse en movimiento. Sólo de esta manera, construyendo una cultura acorde a su circunstancia, es que podrían construir la nación que idealizaban.

Como era de esperar, los ensayos de Ortega sobre la Argentina no pasaron en absoluto desapercibidos. El caudal de reacciones periodísticas que desataron, puntualmente entre fines de 1929 y mediados de 1931, mostró la gran perturbación que los mismos habían provocado en la opinión pública argentina. Si bien en algunos de ellos se le realizaron ciertas concesiones, lo que se percibió en líneas generales fue un alto grado de hostilidad hacia quien se consideraba «un artista de la meditación»⁵, o alguien que había olvidado su filosofía «en el hall del Plaza Hotel»⁶.

El diario *La Nación* ofrecía entonces a Ortega la posibilidad de réplica a estas innumerables críticas y diversas reacciones que había recibido tras sus ensayos. En *Por qué he escrito <El hombre a la defensiva>*, publicado en 1930, encontramos su respuesta personal destinada a calmar los ánimos argentinos y a «contestar las primeras andanadas de ataques e insultos» (1930a: 301) que los jóvenes escritores e intelectuales del país le dirigían con hostilidad. Esta respuesta, aunque por momentos intentaba ser conciliadora, revelaba en su mayor parte la indignación de quien sentía haber buscado colaborar con el crecimiento de una nación y que, a cambio, debía soportar el insulto.

Ortega aceptaba que su planteo podía haber sido drástico, enojoso, antipático, pero alegaba que esto se debía justamente a que buscaba ser un llamado a fondo de la intimidad de los argentinos. La Argentina debía alcanzar su ser inexorable, y para esto necesitaba una reforma moral. Los jóvenes literatos debían dejar de lado las gesticulaciones y posturas narcisistas, y poner el hombro en ese difícil momento de su

5 Martínez, 1969. Unas líneas más adelante: «Meditando se puede alcanzar la noción de Dios en su absoluta pureza, pero no explorar las selvas del Chaco».

6 Palabras de Pablo Rojas Paz citadas en Biagini, H.E. (1985).

historia. Sólo así podrían llevar adelante esta reforma y lograr hacer de su pueblo una formidable nación.

Esta concepción que tiene Ortega de la Argentina perdura en el tiempo y vuelve a hacerse presente en 1939 durante su tercera visita al país. Allí, frente a un auditorio perturbado en la Universidad de La Plata, Ortega volvía a llamar la atención a los argentinos para que por fin se ocuparan de construir su país, que se pusieran en acción, que se dejaran de promesas incumplidas y buscaran finalmente la coincidencia entre formas y vida.

Ortega se refería a la Argentina, en esta oportunidad, como un «pueblo joven» (1939: 262), categoría que buena parte del auditorio sintió como una descalificación. Pero claramente la intención del filósofo no era la de herir sino la de despertar al argentino de su sueño narcisista para que entonces sí pudiera llegar a ser un pueblo adulto con una base sólida. Era evidente que la sociedad argentina tenía menos edad que la europea, y mientras no se aceptara eso –la circunstancia propia del país–, el crecimiento y progreso serían imposibles. Casi en términos simmelianos, Ortega insiste en que las instituciones y formas de organización social estaban desprendidas de la auténtica realidad del país. Las nuevas generaciones no se estaban ocupando de encontrar las formas en las cuales se expresara la propia vida, aquella acorde a la etapa que se atravesaba.

Los pueblos viejos tienen ante sí todas sus vidas posibles ya desnucadas. El argentino, en cambio, como pueblo joven, tenía ante sí todas las posibilidades, pero al no adscribirse a su tarea, permanecía en esta dimensión de lo posible sin lograr el progreso. Circunstancia y decisión eran para Ortega los elementos fundamentales de que la vida de cualquier nación se componía. Pero mientras que entre el horizonte de posibilidades no se eligiera y se trabajara para alcanzar el modo efectivo

que se deseaba para la existencia de la nación, la Argentina nunca daría el salto magnífico que era capaz de dar.

Conclusión

Ortega y Gasset concibió el siglo xx como un momento en que el advenimiento de las masas en el poderío social iba poco a poco conformando el carácter definitorio de la época. Pero no se trataba de una concepción puramente teórica ni de un llamado de atención desde la pura meditación. Esto se puede ver, particularmente, en la preocupación orteguiana por la conformación de la Argentina como nación en medio de esta época de cambios.

Como vimos, la Argentina se presentaba ante los ojos de Ortega como un país con un alto potencial para constituirse como nación, pero que a causa de su inmadurez política y social retrasaba su avance hacia aquella gran nación que tenía capacidad de ser; sin embargo, sus palabras no eran críticas gratuitas, sino la expresión de una profunda esperanza en un país que, joven e idealista como era, podía constituirse en una gran nación. Esto fue quizás lo que muchos intelectuales y estudiantes argentinos que habían escuchado sus palabras no lograron entender acabadamente: que el discurso de Ortega no expresaba desprecio sino que era fruto de su individual necesidad de contribuir a la conformación de este país.

El llamado de Ortega es un llamado constante a la autenticidad de los argentinos. A dejar de lado el gesto superfluo y a finalmente abrirse el pecho a las cosas, a ocuparse de ellas en lugar de vivir a la defensiva. Para esto, como en cualquier sociedad, la minoría selecta debía tomar las riendas para la conducción, que se encontraban ahora en manos de la masa de inmigrantes, movidos únicamente por el afán de riqueza.

Es cierto que Ortega describe a la nación argentina como una nación narcisista que vive contemplando la sublime imagen de aquello que cree ya ser. Pero tal como termina concediendo:

No se olvide que todo ese deplorable mecanismo va movido originariamente por un enorme afán de ser más, por una exigencia de poseer altos destinos. Y esto es una fuerza radical mucho menos frecuente en las razas humanas de lo que suele creerse. El pueblo que no la posee no tiene remedio: es lo único que no cabe inyectar en el hombre (1929b: 755).

La idea de grandeza es un motor irremplazable en los pueblos, y para Ortega el pueblo argentino claramente la tenía. Sólo había que encauzarlo para convertirla en una meta real que diera lugar a la acción y permitiera así el verdadero crecimiento.

Bibliografía

- Biagini, H.E. (1985). Ortega en la Argentina. *Todo es Historia*, 220, 191-197.
- Martínez Estrada, E. (1969). *Leer y Escribir*. México: Ed. Joaquín Mortiz.
- Campomar, M. (2009). *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*. Madrid: Ed. Biblioteca Nueva/Fundación José Ortega y Gasset.
- Sánchez Cámara, I. (1987). El intelectual y la política en la obra de Ortega y Gasset. *Revista de Occidente*, 72, 98-112.
- Ferreiro Lavedán, I. (2005). *La teoría social de Ortega y Gasset: los usos*. Madrid: Biblioteca Nueva (2ª edición revisada).

- García Pinto, R. (1984). Los pasos de Ortega en la Argentina. *Revista de Occidente*, 37, 74-98.
- Ortega y Gasset. (2009). *Obras completas, IX (Obra póstuma, 1933-1948)*. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset/Taurus.
- Ortega y Gasset. [Curso de 1949-1950]. *El hombre y la gente*, OC, X, p. 139.
- Ortega y Gasset. (1939a). *Ensimismamiento y alteración*, OC, V, 527.
- Ortega y Gasset. (1939b). *Meditación del Pueblo Joven*, OC, IX, p. 262.
- Ortega y Gasset. (1933, curso). *En torno a Galileo*, OC, VI, p. 371.
- Ortega y Gasset. (1932). *Goethe desde dentro*, OC, V, p. 109.
- Ortega y Gasset. (1930a). *Por qué he escrito «El hombre a la defensiva»*, OC, IV, 301.
- Ortega y Gasset. (1930b). *Misión de la Universidad*, OC, IV, 531.
- Ortega y Gasset. (1930c). *La rebelión de las masas*, OC, IV, 349.
- Ortega y Gasset. (1929a). La Pampa... promesas. *Intimidaciones*, OC, II, 728.
- Ortega y Gasset. (1929b). El hombre a la defensiva. *Intimidaciones*, OC, II, 728.
- Ortega y Gasset. (1923). *El tema de nuestro tiempo*, OC, III, 559.
- Ortega y Gasset. (1922). *España Invertebrada*, OC, III, 423.
- Ortega y Gasset. (1916). *Personas, obras, cosas*, OC, II, 9.
- Ortega y Gasset. (1914). *Meditaciones del Quijote*, OC, I, 747.
- Osés Gorraiz, J.M. (1989). *La sociología en Ortega y Gasset*. Barcelona: Anthropos.
- Tzvi Medin. (1994). *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana*. México: Fondo de Cultura Económica.

Resumen

El presente trabajo buscará, en primer lugar, repasar los aspectos principales de la crítica orteguiana a la sociedad de masas propia del siglo XX, sociedad donde a su juicio impera el hombre vulgar que ocupa las altas esferas del poder público y vulgariza la sociedad. En segundo lugar –y a partir del punto anterior–, repensar la lectura que realiza Ortega y Gasset de la Argentina en su segundo viaje a este país, reflexionando acerca de la exigencia que realiza a los argentinos de alcanzar una vida auténtica como único modo posible de crecimiento como nación.

Palabras clave: Ortega y Gasset, hombre-masa, minoría selecta, vida auténtica, Argentina.

Abstract

In the present work I propose, first, to review the main aspects of Ortega's idea from twentieth century mass society, in which in his opinion prevails vulgar men who occupy the highest levels of government and vulgarize society. In second place, rethink the interpretation that Ortega y Gasset makes from Argentina during his second voyage to this country, considering the demand that he makes to the Argentines in order for them to achieve an authentic type of life as the only possible mode of growing as a nation.

Keywords: Ortega y Gasset, mass-man, elite, authenticity, Argentina.

